



Dilo en archisílabos

Por fin he comprendido la razón de que los académicos de la Lengua reciban el sobrenombre de "inmortales". Porque por ellos no pasa el tiempo o, quizá mejor, porque en nada afecta el tiempo a quienes están destinados a la vida eterna. Les han hecho falta decenios para declarar que, además de erróneo, suena fatal eso de *cargos* y *cargas* públicos/as..., que ha invadido hasta el lenguaje de los mudos. ¿Deberán transcurrir otros cuantos decenios hasta que la Academia confeccione un catálogo de archisílabos que conviene desterrar?

Puestos a engrosar la colección de estas prescindibles palabras kilométricas, empecemos por el estiramiento de las que a diario se inventan las estiradas gentes de las finanzas. Los 'frenar', 'desanimar' o 'disuadir' se esconden hoy bajo el *desincentivar* y los *desincentivos* arrinconan a 'frenos' y 'obstáculos'. Es de suponer que *operacionalizar* y *operativizar* significan volver algo operante u operativo, de suerte que *operativización* se acercaría a lo dicho por ese hermoso término de *efectivización*. A duras penas he captado que en esa jerga *primarización* quiere decir exportar bienes primarios, pero aún no pillo a qué se alude con el *bancarizar* y la *bancarización*.

El afán de alargar el léxico, no tanto por el placer de alargarlo como por hacerse el interesante quien lo pronuncia, se detecta en varios vocablos prestigiosos del momento. Habrán notado que lo 'especial' está dejando paso a lo *específico*, y que los 'especialistas' son cada vez más los *especializados* en esto o lo otro. Aquí y allá se introduce el *ejercitamiento* o la *ejercitación* en lugar del 'ejercicio', igual que el *desfasaje* pretende ser el 'desfase'. Ignorante de sus presuntas diferencias, no acierto a ver qué añaden *dominancia* y *gobernanza* (o *gubernancia*) a 'dominio' y 'gobierno', salvo su mayor longitud y —me temo— cierta pedantería. Nos tropeza-



AURELIO ARTETA

Desearía aprender dónde radica la mayor carga informativa de los términos largos

mos con el *transicionar* porque cae en desuso el 'transitar', lo mismo que el reciente *ostentatorio* traduce el 'ostensivo' o el 'ostentoso', según, con una sílaba más. Incrédulo ante lo sostenido por un profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts, desearía aprender dónde radica la mayor carga informativa de los términos largos sobre los más breves. Me lo tendrían que explicar *argumentativamente*, claro está, no 'argumentalmente'.

No olvidaré dejar constancia de ese curioso gusto del español contemporáneo por lo abstracto. Baste anotar la *emocionalidad*, para referirse a la 'emotividad' o sencillamente a la 'emoción'. Y nadie dudará de que la 'potencialidad' de algo sabe a poco comparada con su *potenciabilidad*.

Muchos archisílabos proceden del afán de subrayar la acción que conduce a un resultado, más que el resultado mismo. Así es como

se procura la *homogeneización* entre cosas diversas, que sería sin más su 'homogeneidad'; hay que facilitar la *visibilización* de las mujeres maltratadas, no su 'visibilidad'. Por mucho que a la izquierda *abertzale* le encrespe, ha de establecerse una *jerarquización* entre las víctimas del terrorismo, mucho mejor que su correcta 'jerarquía'. La *espectacularización* no dice más que la producción de 'espectacularidad' y la *precarización* del contrato laboral solo indica su 'precariedad'. La empleada de una compañía telefónica me detalló la *tarificación* de mis llamadas, sin duda porque le sonaba más redondo que su 'tarificación'. Se trata de un mecanismo del que no se libran ni las impropiedades llamadas "lenguas propias", como lo probaría la *vernacularización del valencià*...

Resulta patética la rapidez con que el español se ha dejado contagiar por el inglés (o el americano)

a fuerza de parir adjetivos acabados en -al. Su atractivo más probable: que tal desinenia cuenta como dos sílabas y prolonga así su pronunciación. Hasta al mismo ministro de Justicia se le escapó hace poco una mención de la conducta *delincuencial*, en lugar de 'delictiva'. Ya no existe un hecho 'motivador', sino *motivacional*; ni un trabajo 'aspirante' al premio, sino *aspiracional*. Y, aunque no me crean, les juro que he detectado un chirriante *modificacional*, y un *vicarial*, un *suposicional* y con mayor frecuencia todavía otro *civilizacional*. Que luego se vea todo *perspectivalmente*, será la conclusión natural de un mimetismo tan entusiasta como necio.

Por si fuera poco, unos archisílabos se reproducen en otros afines. En la gran superficie lingüística ya pululan los *monitorizar* y *monitorizado*, pero ahora disponemos asimismo del *monitorear* y *monitoreado*, todos ellos equivalentes a 'examinar' o 'evaluar' y sus participios. Archisílabos cortos, todavía insatisfechos de su estatura, originan archisílabos más largos. Aquel *posicionar*, que ya se ha quedado con nosotros, engendra el *reposicionar* para decir 'resituarse'; otro tanto ocurre con el *focalizar* y la *focalización*, por 'enfocar' y 'enfocar', una acción que al repetirse se transforma en *refocalizar* y *refocalización*. El modesto *vehicular*, que entre los exquisitos suplantó a 'transportar' y otros, ha crecido hasta dar en *vehiculizar*.

¿Que por qué todo esto? "Cuando hay una brecha entre los objetivos reales y los declarados, se emplean casi instintivamente palabras largas (...), como un pulpo que suelta tinta para ocultarse". Igual que a Orwell, también a uno le parece que el estilo inflado en el uso de la lengua es producto de la falta de sinceridad de los hablantes.

Aurelio Arteta es catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad del País Vasco. Su último libro, *Tantos tontos tópicos* (Ariel, 2012).